

Dos modelos de organización eclesiástica

PEDRO TRIGO

CARACTERIZACION SUMARIA

Si uno mira la faz de la Iglesia católica más allá de slogans, declaraciones, incluso formulaciones teológicas y disciplinares, y se fija en cómo de hecho funciona, en sus estructuras operativas, en los liderazgos reales y en las bases en que se apoya, verá cómo se perfilan dos modelos dispares.

Modelo A

Uno es el modelo consagrado por los documentos del Vaticano II, resultado (para no remontarnos en la historia) de un movimiento que eclosiona en los años 60, aunque su fermentación se opera en las dos décadas anteriores. Se trata inequívocamente de un movimiento hacia la catolicidad, es decir, hacia la constitución de Iglesias locales, fuertemente enraizadas en su medio, en comunión con las demás y con Roma, sacramento de unidad. Los órganos de este movimiento son las parroquias, las diócesis, las regiones eclesiásticas, las conferencias episcopales, los consejos episcopales multinacionales y los diversos organismos especializados al servicio de las grandes Iglesias continentales. La teología que funciona en este proyecto es la teología de la misión, ensamblada con la de la encarnación, desde el presupuesto de la acción del Espíritu de Jesús resucitado en todas las culturas y personas. Por coincidencia con estas mismas perspectivas teológicas, la vida religiosa renovada converge hacia este mismo proyecto, y, conservando su peculiar distinción, se articula con bastante fluidez con los órganos de las Iglesias locales embarcadas en este proyecto.

Modelo B

El otro modelo (que ha alternado con el anterior en la historia de la Iglesia) es el que de hecho considera a la Iglesia como una diócesis de dimensiones mundiales, manejada por una curia que interviene en toda la Iglesia universal, no ya de un modo extraordinario y en última instancia, sino en la administración ordinaria y aun en el diseño pormenorizado de la vida cristiana en los diversos niveles y regiones. Se trata de

un movimiento que trabaja por la unidad de los cristianos con el esquema, al menos práctico, de la uniformidad. Los canales privilegiados de este modelo serían los movimientos (Opus, cursillos, catecumenado, focolarinos, renovación carismática, comunión y liberación...). Su preocupación teológica de fondo es la de la identidad cristiana, la conservación del depósito revelado, la distinción de los hijos de la luz respecto de los de las tinieblas y desde ahí la conquista espiritual del mundo para Cristo.

Desarrollamos brevemente las proposiciones enunciadas, mostrando su congruencia profunda, y pasaremos luego a ocuparnos de sus vigencias previsibles.

MODELO A

Pertenencia al Cristianismo y Decisión Personal

Al menos desde tiempo de Pío XII (papa de transición) se hizo patente la tendencia a la descentralización. Independientemente de las prescripciones disciplinares, los laicos y los clérigos despertaban a la vez a la conciencia de sus deberes y derechos y sobre todo de su misión. Cada quien, individual y colegiadamente, se preguntaba por su esta-

tuto cristiano: ¿qué significa ser cristiano?, ¿cuál es mi puesto en la Iglesia?, ¿cuál es mi tarea en la sociedad?

Estas preguntas ya estaban respondidas en muchos libros, empezando por el derecho canónico. Si brotaban, sin embargo, incontenibles era porque las respuestas se habían tornado insignificantes: eran respuestas a las preguntas de otros hombres de otras épocas. Más aún, para los hombres de la época que se abría, no eran respuestas, eran tan sólo propuestas culturales aceptadas sin más en el paquete cultural heredado. Ante la irrupción de lo nuevo era preciso desarmar el paquete para poner a prueba cada uno de sus elementos. Por lo que hace a los elementos religiosos el modo de tomarlos en serio fue, congruentemente, verificarlos.

Se comenzó por lo primero, por el bautismo. Uno es cristiano, como decía el catecismo, "por la gracia de Dios". No sólo por la voluntad de los padres o por la delegación del cura. Luego uno, si quiere elegirse como cristiano, debe ejercer su responsabilidad inalienable e indelegable. La misión del cristiano es anterior a la distinción de clérigos y laicos. Si uno quiere refrendar en su vida adulta el bautismo que recibió en su niñez, no puede ahorrarse la pregunta personal, la decisión personal y el compromiso comunitario. Desde esta perspectiva no caben en la Iglesia miembros pasivos. Todos somos la Iglesia. Todos hacemos la Iglesia.

De la Puesta al Día a la Decisión Histórica

Este proceso lo viven muchos cristianos de toda edad, pueblo y condición. La convergencia de estos procesos provoca la renovación de las Iglesias locales. Esta renovación lleva consigo el deslustramiento de muchos elementos institucionales que no pudieron mostrar su función y la revitalización o creación de otros de acuerdo a las necesidades. Este proceso en la mayor parte de la Iglesia es aún incipiente, aunque algunas Iglesias parecen ir tomando ya su vida en sus propias manos, sin abdicar sus responsabilidades en la tradición o en otras



instancias.

Esta autoconciencia y autoposición, en las Iglesias del Occidente desarrollado, se dio ante todo respecto del mundo moderno: se trataba de alguna manera de la liquidación de la fase de la Restauración eclesiástica y del reconocimiento fundamentalmente positivo de las sociedades y culturas en que estas Iglesias estaban insertas. No habría aquí una conversión sino la sinceración de una situación. Pero este reconocimiento gozoso arrastró consigo la puesta al día de muchas manifestaciones particulares. Este proceso fue realmente espectacular, pero se agotó pronto. La virtud que tuvo fue hacer ineludibles cuestiones más decisivas.

Al acabar con el anacronismo desaparecía la falsa sacralidad. Si el vestido y las costumbres de los clérigos, si la lengua y símbolos litúrgicos, si las normas eclesiásticas entraban en la cotidianidad, automáticamente se hacían discutibles o peor aún, irrelevantes; además se ponían de pronto al descubierto aspectos hasta entonces libres de toda sospecha, p. ej. su connotación clasista (la sotana p. ej. era un vestido fuera de circulación; pero el clergyman ¿qué clase social supone y qué clase social excluye?) o su matriz cultural (el lenguaje de los documentos o los ritmos, melodías y letras de los cantos ¿son los de la cultura dominante o los de la popular?). Entonces es cuando los cristianos y las Iglesias se enfrentan a las preguntas radicales, a la interpelación del evangelio y de los hombres. O su-

cumben a la tentación radical: ser mera resonancia sagrada de las respectivas sociedades y culturas.

La Constitución de Iglesias locales

Sólo si las Iglesias locales logran sortear la tentación de aceptar el papel del alma de un mundo desarmado (o más frecuentemente de desarmarse de ese papel ya aceptado), podrá plantearse en cristiano el tema de la catolicidad y cobrar sustantividad los mecanismos que la hagan posible. En efecto, sólo Iglesias plenamente históricas pueden ser genuinamente trascendentes y constituirse en verdaderas Iglesias locales que por la comunión alcancen la catolicidad. Iglesias que se inserten sin trampas en la única historia, que abandonen privilegios y falsos arcanos, que acepten intercambiarse francamente con sus conciudadanos y poner a prueba su significatividad. Iglesias cuya trascendencia consiste sólo en el amor del Padre derramado sobre ellas, en la presencia/ausencia de Jesús en los evangelios, los pobres y los sacramentos, en la presencia del Espíritu de Jesús resucitado, y no en nada mundano sacralizado. Sólo estas Iglesias pueden constituirse para sus países y culturas en sacramentos históricos de salvación y así de paso cobran sustancia y llegan a ser Iglesias locales. Estas Iglesias cumplen la palabra de Jesús de que "quien quiera guardar su vida la perderá, pero quien arriesgue y aun pierda su vida por mí y por el evangelio la salvará". Son las Iglesias que se atreven a

poner a prueba la fe, y dolorosa y gozosamente empiezan a comprender que "mi justo vivirá de la fe".

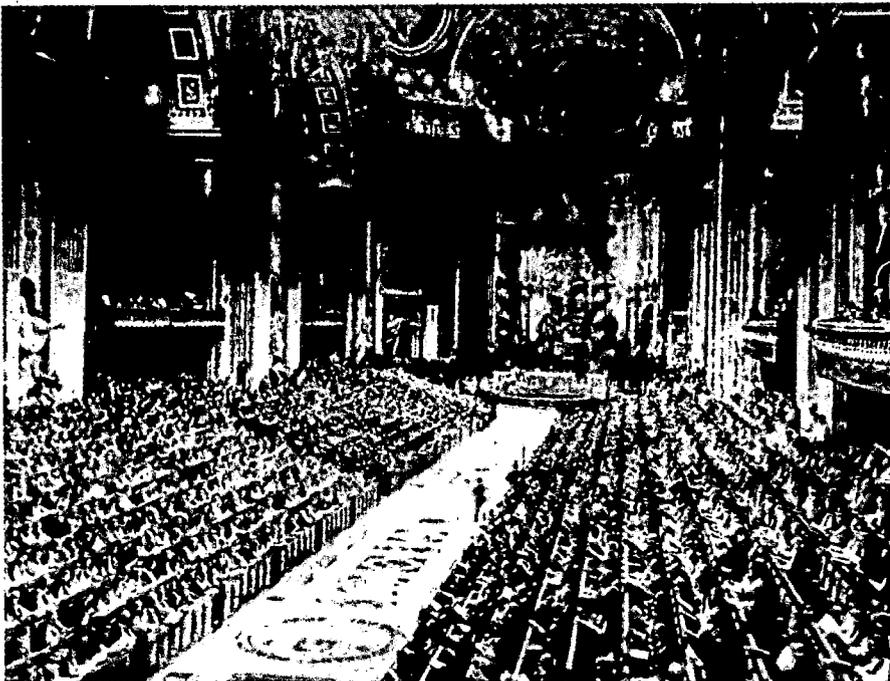
De este modo, cristianos individuales, asociaciones, parroquias, diócesis y aun regiones enteras escuchan el mandato de Jesús "levántate y anda" y se ponen como Jesús a intercambiarse con su medio en orden a la salvación. Empiezan a juzgar el momento presente, como él nos pidió: "juzguen ustedes mismos lo que se ha de hacer"; y mediante sucesivas proposiciones y comprobaciones, por el único método de ensayo y error, a la luz del evangelio sopesan lo que parece de Dios y lo que parece opuesto a él, apoyan unas corrientes, se alían con unos movimientos, se alejan de otros sectores, se convierten en bandera discutida, como Jesús "alegría para todo el pueblo" y "perseguidos por causa de la justicia".

En estas Iglesias, o sectores de Iglesia, el amor, que se realiza en el seguimiento de Jesús y en su servicio en los pobres, quiebra barreras inveteradas, y renace la fraternidad como el signo de los cristianos; los diversos ministerios se renuevan por el servicio eficaz que todos agradecen, y los sacramentos cobran esplendorosa actualidad como signos vivos de salvación situada y trascendente. Todos se sienten miembros activos, y en la Iglesia florece la creatividad.

La Crisis y sus Salidas

Pero este proceso, por ser proceso pascual, entraña dolor y muerte. Implica romper rutinas, preguntarse muchas cosas, abdicar privilegios dentro y fuera de la Iglesia, quebrar alianzas con los que "oprimen y se hacen llamar bienhechores" y optar por los empobrecidos: por las clases oprimidas, las razas discriminadas, las culturas despreciadas y marginadas. Más aún implica buscar en cada caso cómo realizar el amor eficaz, cómo liberarse, cómo crear un mundo de hermanos y hacerse hijos de Dios. Y esto es mucho más exigente y conflictivo, mucho más complejo que servir al altar y acogerse a la sombra del santuario. No sólo la pérdida de tranquilidad, la necesidad de extremado cuidado y atención, no sólo las infinitas incomodidades de la solidaridad y la probable persecución que entraña la opción por los pobres, sino más profundamente aún el riesgo de no acertar, si no en la intención, al menos en los caminos.

Quién más quién menos todos hemos sentido estas inquietudes, estos miedos, estos obstáculos. Pero la reac-



ción ha sido diversa. Por ejemplo en el caso de los consejos parroquiales: su desarrollo inicial dio como resultado una cierta movilización y alguna incidencia en el medio. De ahí las acusaciones, las llamadas al orden, incluso la represión. Ante esta situación conflictiva, en unos casos se profundizó la participación y fraternidad cristiana y se acendró la orientación, corrigiendo eventuales desviaciones; en otros casos sin embargo simplemente el párroco reasumió su rol de dueño único de la parroquia y el proceso se cortó en flor. Lo mismo podríamos decir de evoluciones de pastores o teólogos, de seminarios o diócesis, de congregaciones religiosas o de organismos internacionales.

Ante las dificultades crecientes, unos simplemente se echaron atrás, otros pensando que se habían equivocado, otros manteniendo que el camino era correcto creyeron que había que caminar más lento, otros juzgaron que los problemas eran previsibles y que había que proseguir la marcha, integrando quizás elementos algo preteridos y aprovechando la prueba para enraizarse más en Dios y su pueblo y en la comunión eclesial. ¿Cuál de estas orientaciones prevalece en los momentos actuales? De todos los modos así como este modelo daba la imagen de la Iglesia desde el Concilio hasta mediados los años setenta, así ahora la imagen más aparente es la del modelo alternativo.

MODELO B

Una maquinaria eficaz

Resulta paradójico que cuando el derecho canónico consagra por fin el episcopalismo, que fue uno de los signos del Vaticano II en su intento de completar/corregir el monolitismo del Vaticano I, es cuando una línea de la curia tiende en la práctica a relegar el papel de los obispos al ámbito de la liturgia, y ni siquiera al papel de liturgos creadores de ritos que renueven la antigua riqueza y variedad católica, sino al papel más modesto de inspectores que velan por el estricto cumplimiento de normas absolutamente estereotipadas. Naturalmente que en el papel (y gracias a Dios también todavía en la práctica) los obispos y las conferencias episcopales son mucho más que esto. Aún quedan muchos obispos que se sienten "ordinarios del lugar", pastores de sus Iglesias que se intercambian muy activamente con su medio, alentando, inspirando, coordinando, dando ejemplo y, si es preciso, corrigiendo fraternalmente.

Pero es cierto que hay corrientes



que, en la práctica y de un modo inconsciente, entienden la organización eclesial de otro modo. Creo que el esquema que de hecho van desarrollando sin querer se parecería bastante al de los partidos comunistas ortodoxos: un secretario general omnipotente y casi vitalicio, un comité central con facultades discrecionales, y todos los cargos intermedios entendidos como meras correas transmisoras para bajar la línea hasta llegar a las bases. El flujo sería unidireccional: únicamente de arriba abajo, con la formidable cohesión que esta maquinaria implica. La comunicación con las masas se obtendría mediante los órganos del partido extendidos hasta el último rincón, y más aún mediante formidables concentraciones en las que la gente realiza simbólicamente la identidad corporativa. Claro está que esta imagen, al hacerse explícita, queda automáticamente descalificada: sinceramente nadie quiere reconocerse en ella. Pero más allá de las intenciones, despojándonos de apasionamiento, sí puede ser bueno confrontarnos con ella, por si en la lucha (como suele suceder) algo se le ha pegado a esta Iglesia del que considera su enemigo casi ya secular.

El Rol de los Movimientos

Los órganos privilegiados de este modelo eclesial serían los movimientos: No desde luego cualquier movimiento,

ni siquiera necesariamente del todo, los que mencionamos arriba. Se trata más bien de una manera de entender los movimientos, bastante consustanciada con alguno de ellos, no tan nuclear tal vez en otros, y presente también en otros no mencionados como por ejemplo, algunas congregaciones religiosas. Estos movimientos funcionan como verdaderas transnacionales del espíritu, con lo que de formidable y peligroso tienen estas corporaciones.

Este tipo de movimientos, a partir de una sede central, irradian su influencia a nivel mundial: mantienen sus propios diagnósticos, propuestas y prácticas. El lugar teológico fundamental son sus líderes y no la lectura de los signos de los tiempos que afloran en la vida del pueblo al que pertenecen. Por eso en la práctica funcionan como circuitos autónomos. Proclaman sinceramente su adhesión a la jerarquía local y siempre le otorgan el puesto de honor; pero su lógica no es desde luego la de la Iglesia local.

Conscientemente se conciben como canales de renovación eclesial, portaestandartes del universalismo cristiano, eficaces obreros en la misión de proclamar el evangelio y ganar adeptos, y constructores de nuevas fraternidades en las que germina el hombre nuevo. Como tales, de un modo o de otro, siempre han existido en la Iglesia. Por eso surgie-

ron también en nuestro siglo.

El problema es que hoy en una sociedad masificada, traumatizada y tentada, por miedo a la disolución, de involucionar hacia posiciones fundamentalistas, organicistas y sectarias, estos movimientos inconscientemente pueden convertirse en captadores de este tipo de clientela y propulsores de este tipo de tendencias. Readaptados para estas funciones los movimientos se convierten imperceptiblemente en canales cerrados que dotan de seguridad e identidad a sus adherentes. Identidad alimentada primariamente por enseñanzas, contraseñas, ritos, consignas, campañas y concentraciones. ¿Es aquí reconocible el desabrigado seguimiento que instauró Jesús de Nazaret? ¿Tiene esto algo que ver con las misiones que él envió, tan a la intemperie? ¿Pueden insertarse estas corrientes en esa saga histórica de testigos de la fe que desarrolla la carta a los Hebreos, empezando por Abraham y culminando en Jesús, asesinado ignominiosamente fuera de la ciudad? ¿No implica todo esto recaer en la esclavitud (con su cuota ciertamente de seguridad y prestigio) que censuró Pablo a los galatas o a los colosenses?

Una Cierta Identidad Cristiana

Así como el presupuesto teológico del modelo anterior era la presencia del Espíritu de Jesús resucitado en la única historia en la que se debate la vida y la muerte (y de ahí la posibilidad del universalismo cristiano y la concepción de la Iglesia como sacramento de esta salvación que se realiza en esta única historia) así en este modelo la preocupación teológica fundamental es la afirmación y preservación de la sustantividad del hecho cristiano de modo que no se diluya en el mundo. Ante indudables desviaciones secularizantes, reaccionan enfatizando la identidad cristiana. Se subraya acertadamente el carácter irreductible de la revelación y su sentido trascendente.

El problema se presenta cuando inconscientemente se identifica este misterio absoluto con sus expresiones históricas. Estas quedan deshistorizadas y en vez de transparentar el misterio acaban velándolo y en la práctica suplantándolo. La sacralidad inherente a todo hombre como hijo de Dios, el carácter de sacramento primordial de Jesús que corresponde a los pobres ceden en la práctica su lugar a cosas sacralizadas. A falta de una noción integral de historia (y no pocas veces por la falta más radical de una práctica histórica li-

beradora) se recae en los viejos dualismos de natural y sobrenatural, de sagrado y profano. En este horizonte la fraternidad tiende a reducirse a la fraternidad entre los de adentro, y con los de fuera sólo cabe el proselitismo, o, si se abdica de la misión, la coexistencia pacífica. Como el ámbito denso del encuentro con Dios queda dentro de las reglas de la organización, el mundo de fuera queda convertido en un campo neutro y por lo tanto puede seguir sus reglas de juego, que son naturalmente las del capitalismo vigente. Los adherentes pueden participar de él siempre que tengan su corazón en otra parte.

La institución eclesiástica en este esquema puede mantenerse dentro de cualquier régimen, siempre que se le respete su espacio propio. Esta Iglesia no interfiere en el espacio público porque considera (en la práctica, a pesar de eventuales declaraciones) que la historia no es su campo propio, lo suyo es (como querían los liberales) el templo y las conciencias, y además corporaciones compactas de vida común. Estas últimas constituyen las divisiones que Napoleón fue incapaz de ver. Con estos poderes pueden los líderes eclesiásticos presionar indirectamente, e indirectamente llegar a ejercer una cierta dictadura moral. Hasta que este Estado dentro del Estado tome eventualmente el poder y se acabe el dualismo por la sacralización de todo el espacio profano. ¿Requiem por el constantinismo? ¿El Vaticano II significa la superación de la idea de cristiandad?

EN LA ENCRUCIJADA

Para una Iglesia que no toma en cuenta la única historia como historia de pecado y liberación, el modelo inconsciente de organización (aunque pueda parecer paradójico) irá inevitablemente en la línea de las transnacionales, que se proponen la planetarización como homogeneización avasalladora de culturas y más crasamente de la capacidad personal de ver el mundo y decidir. Para una Iglesia que confunde la trascendencia con una fase absolutizada de su propio desarrollo histórico, las Iglesias locales de hecho no significan magnitudes consistentes, verdaderas Iglesias, como las veía Pablo, por ejemplo. En la práctica se tenderán a considerar como sucursales con un valor meramente operacional y ni siquiera muy relevante. Existen en la Iglesia de Dios fuerzas que inconscientemente se desplazan en esta dirección.

Si la situación económica mundial

se vuelve catastrófica y es manejada desde arriba sacrificando sin piedad a los pueblos mediante fórmulas políticas de hecho dictatoriales apoyadas por ideologías simplificadoras, irracionales, maniqueas, insolidarias y desesperanzadoras, es muy probable que prevalezca este modelo eclesial. Aunque también es posible en proporciones variables una Iglesia confesante, como varias de las que aparecen en el Apocalipsis de San Juan.

Para una Iglesia que en la práctica hace suyos los gozos y esperanzas, las tristezas y angustias de todos los hombres y sobre todo las de los más pobres (porque sabe que en eso precisamente se realiza su fidelidad a su Señor y que ése es precisamente el misterio que anuncia y celebra: el misterio de la solidaridad liberadora de Dios con los hombres) el modelo organizativo congruente es el de la inserción en cada cultura y en los sectores oprimidos en cada sociedad, para desde ahí construir el Reino y buscar expresiones adecuadas de organización y celebración. Aquí se está dando el encuentro entre el clero local que se asume como tal y una vida religiosa que se siente consagrada a su Señor en los pobres. Y sobre todo en este modelo se está dando la primera eclesialidad que acontece cuando laicos y clérigos se hermanan en la búsqueda concreta del reino de Dios y su justicia, y en el llevarse ahí mutuamente unos en la fe de otros.

Si la tendencia a la democratización, tan fuerte en nuestros pueblos, logra encontrar cauces a través de los cuales se organice la vida social y se administre la crisis, si esta tendencia logra consolidarse en organismos multinacionales (no transnacionales) y se expresa en ideologías de la diferencia y la solidaridad, es muy probable que este modelo eclesial llegue a prevalecer. Aunque también es posible que sectores más o menos amplios de la Iglesia resistan a este impulso y se atrincheren en esquemas uniformizadores, dirigistas y sectarios.

